

*y me temes, cual tímido cordero
al lobo encanecido por los años,
Jamás dejé de amarte desde el día
que con mi anciana madre a la montaña
viniste a recojer tiernos jacintos.
— Yo os trazaba el camino— Desde entonces,
después de aquel momento, y aún ahora,
me es imposible descansar sin verte.*

*Yo, doncella, sé bien porqué me esquivas:
Una ceja cerdosa y dilatada
toda mi frente oculta, y se me extiende
hasta las dos orejas, y debajo
un ojo solo tengo, y una roma
nariz sobre los labios abultados.*

*Tal soy; pero aún así, de mil ovejas
un rebaño apaciento todas blancas
y de su leche cándida, que ordeño
yo por mi mano, la mejor escojo
y siempre en todo tiempo están colmados
del sabroso manjar mis canastillos.*

*Sé la flauta tañer; aquí ninguno
de los cíclopes todos me aventaja;
y a tí, manzana dulce, amiga mía,
con mi flauta te canto y muchas veces
a mí mismo a deshora de la noche.*

*¿Y aún de los mares las inquietas olas
preferirás?... Si mi velludo pecho
tu vista ofende, encinas corpulentas
hay en el monte, y en mi hogar ceniza
que oculto el fuego con calor mantiene.
Aplicalo a mi pecho, si te place,
y hasta quema, si quieres, este ojo
que en más estimo que la propia vida:
Todo por tí lo sufriré contento!*

*Así cantando el Cíclope, a su herida
de las Musas el dicitamo aplicaba.*

